

Ciudades de sal: los asombrosos ecosistemas que esconden las salinas

- Los ecosistemas de las salinas albergan flamencos, arqueas y especies adaptadas a algunas de las condiciones más extremas del planeta.



<https://www.ambientum.com/ambientum/medio-natural/ecosistemas-de-las-salinas.asp>

Ambientum Portal Ambiental

Jueves, 03 septiembre 2026

A simple vista, una salina parece un desierto líquido: extensiones planas, agua teñida de colores imposibles y un silencio que pesa. Nada podría vivir ahí, ¿verdad? Pues bien, los ecosistemas de las salinas esconden una de las mayores paradojas de la naturaleza: cuanto más extremo es el ambiente, más fascinante resulta la vida que lo habita. Aguas diez veces más saladas que el mar, suelos blancos como la nieve en pleno agosto, temperaturas que abrasan durante el día y se desploman por la noche. Y, sin embargo, flamencos que flamean en rosa, microorganismos que tiñen el agua de rojo carmesí y plantas capaces de sudar sal. Bienvenido a uno de los paisajes más extraños —y más vivos— del planeta.

Contenido del artículo

Toggle

- ¿Qué hace que una salina sea un mundo aparte?
- Los colores imposibles del agua salada
- Quién sobrevive donde casi nada puede vivir
- Por qué las salinas son refugios de biodiversidad que merece la pena proteger
- En conclusión

¿Qué hace que una salina sea un mundo aparte?

Imagina una piscina donde el agua es diez veces más salada que el mar, el sol calienta la superficie hasta temperaturas que quemarían los pies y el color del agua vira del rosa chicle al rojo carmesí sin previo aviso. No es un planeta de ciencia ficción: es una salina, y puede estar a pocos kilómetros de casa.

Las salinas son extensiones de agua somera —a veces apenas unos centímetros de profundidad— donde la evaporación concentra la sal de forma progresiva. A medida que el agua se evapora, la salinidad se dispara hasta niveles que resultarían letales para casi cualquier ser vivo conocido. El pH puede volverse extremadamente alcalino, y la temperatura oscila de forma brutal entre el amanecer y el mediodía.

Estas condiciones, tan hostiles en apariencia, crean sin embargo un filtro biológico extraordinario: solo sobreviven los organismos que han desarrollado trucos moleculares para no deshidratarse, no oxidarse y obtener energía donde casi no la hay. El resultado es un ecosistema con poquísimas especies pero con densidades de vida asombrosas, donde cada habitante es, a su manera, un pequeño prodigio de adaptación.

Un mundo al límite, y precisamente por eso, fascinante.

Los colores imposibles del agua salada

Imagina sobrevolar una salina al atardecer: bajo las alas del avión se despliega una paleta de pintor enloquecido, con lagunas rosa chicle junto a otras de un rojo intenso, charcos color naranja quemado y reflejos violáceos que parecen sacados de otro planeta. No es un filtro fotográfico ni una ilusión óptica. Esos colores existen de verdad, y tienen nombre y apellidos.

Los responsables son seres microscópicos que han convertido la hipersalinidad en su hogar. Las arqueas halófilas, organismos de una antigüedad geológica asombrosa, producen pigmentos rojos y rosados —las bacteriorrodopsinas— que les sirven para captar energía solar directamente, casi como una fotosíntesis alternativa. Cuanta más sal y más sol, más vivo resulta el color: un índice visual de la presión extrema que soportan.

Junto a ellas prospera *Dunaliella salina*, un alga unicelular verdosa que, paradójicamente, genera grandes cantidades de betacaroteno —el mismo pigmento que tiñe las zanahorias— como escudo frente a la radiación intensa. Cuando domina esta alga, las aguas viran hacia el naranja y el dorado.

Lo fascinante es que los colores cambian con las estaciones, con la temperatura y con la concentración de sal, convirtiendo cada salina en un cuadro vivo que se repinta solo, sin que nadie dé una sola pincelada.

Quién sobrevive donde casi nada puede vivir

A primera vista, una salina parece el escenario más inhóspito imaginable: agua supersaturada de sal, temperaturas extremas y casi ningún refugio. Sin embargo, este entorno hostil no está vacío, sino lleno de vida especializada, adaptada a condiciones que matarían a la mayoría de los organismos en cuestión de horas.

Los protagonistas más llamativos son, sin duda, los **flamencos**. Estas aves han perfeccionado el arte de prosperar en la adversidad: sus patas escamadas resisten el contacto prolongado con salmueras que abrasan la piel humana, y su pico, curvado y filtrador como una criba, atrapa con precisión milimétrica a la *Artemia salina*, el pequeño crustáceo que pulula en millones en estas aguas. Precisamente esas artemias —diminutas, casi transparentes— son uno de los eslabones fundamentales de toda la cadena alimentaria salina.

Junto a los flamencos llegan bandadas de **aves limícolas**: correlimos, chorlitejos y avocetas que recorren miles de kilómetros para hacer escala en estos comedores naturales. Las salinas son, para ellas, estaciones de servicio irremplazables en sus rutas migratorias.

Pero quizás los habitantes más sorprendentes no se ven a simple vista. Las **arqueas halofilias**, microorganismos que viven en concentraciones de sal donde ninguna célula corriente sobreviviría, han despertado el interés de los astrobiólogos: si algo puede prosperar aquí, tal vez también pueda hacerlo en los océanos helados y salados de lunas como Europa o Encélado.

Por qué las salinas son refugios de biodiversidad que merece la pena proteger

Hay una ironía preciosa en todo esto: el ser humano excavó estas lagunas, levantó sus diques y organizó sus estanques con un único objetivo en mente, extraer sal. Y sin embargo, sin pretenderlo, construyó algunos de los refugios ecológicos más valiosos del continente.

Las salinas tradicionales en activo o reconvertidas en reservas naturales acogen hoy a especies que han perdido casi todo lo demás. Los humedales costeros han retrocedido dramáticamente en las últimas décadas ante la presión urbanística y agrícola, y muchas aves limícolas, patos buceadores o garzas no encuentran ya dónde detenerse durante sus migraciones. Las balsas salineras, con su mosaico de profundidades y salinidades distintas, ofrecen exactamente lo que estos animales necesitan: tranquilidad, alimento y agua.

El flamenco común es quizás el símbolo más reconocible de esta historia, pero bajo él hay toda una cadena de vida que sostiene el equilibrio: algas, crustáceos, invertebrados, peces. Si un eslabón desaparece, la cadena se rompe.

Proteger una salina no es conservar un paisaje pintoresco. Es mantener en pie una ciudad entera, con sus habitantes, sus barrios y su forma única de entender la vida en el límite.

En conclusión

La próxima vez que veas un salero sobre la mesa, quizás valga la pena detenerse un segundo. Ese cristal blanco y cotidiano es el residuo de un mundo entero: flamencos que se tiñen de rosa comiendo crustáceos, bacterias que pintan el agua de rojo, insectos que prosperan donde casi nada puede vivir. Las salinas nos recuerdan que los lugares más inhóspitos a menudo esconden las comunidades más ingeniosas. La vida, cuando se le pone en un aprieto, no desaparece: se reinventa. Y lo hace, muchas veces, en sitios que nunca nos molestaríamos en mirar dos veces.

Redacción Ambientum